

tro de la cabeza, acompañado del presagio del mal. La atonía siguió, con el deseo de sueño no satisfecho, y luego una punzada detrás del ojo izquierdo, la cual se aliviaba con la compresión bajo la ceja. El paciente daba vueltas en la cama buscando posturas, sin encontrar la del alivio. Resolviase luego la punzada en dolor gravativo, extendiéndose como un cerco de hierro por todo el cráneo. El trastorno general no se hacía esperar: ansiedad, náuseas, ganas de moverse, á las que seguían inmediatamente ganas más vivas aún de estarse quieto. Esto no podía ser, y por fin le entraba aquella desazón epiléptica, aquel maldito hormigüeo por todo el cuerpo. Cuando trató de levantarse parecíale que la cabeza se le abría en dos ó tres cascós, como se había abierto la hucha á los golpes de la mano del almirez. Sintió entrar á su tía. Doña Lupe conocía tan bien la enfermedad, que no tenía más que verle para comprender el período de ella en que estaba.

—¿Tienes ya el clavo?—le preguntó en voz muy baja.—Te pondré láudano.

Había aparecido el clavo, que era la sensación de una baguetilla de hierro caliente atravesada desde el ojo izquierdo á la coronilla. Después pasaba al ojo derecho este suplicio, algo atenuado ya. Doña Lupe, tan cariñosa como siempre, le puso láudano, y arreglando la cama y cerrando bien las maderas, le dejó para ir á

hacer una taza de te, porque era preciso que tomase algo. El enfermo dijo á su tía que si iba Olmedo á buscarle para ir á clase, le dejase pasar para hacerle un encargo. Fué Olmedo, y Maximiliano le rogó corriese á avisar á Fortunata la visita del clérigo, para que estuviese prevenida. «Oye: adviértele que tenga mucho cuidado con lo que dice; que hable sin miedo y con sinceridad; basta con esto. Dile cómo estoy, y que no la podré ver hasta mañana.»

## IV

El aviso, puntualmente transmitido por Olmedo, de la visita del cura puso á Fortunata en gran confusión. Parecióle al pronto un honor harto grande; luego compromiso, porque la visita de persona tan respetable indicaba que la cosa iba de veras. No se conceptuaba, además, con bastante finura para recibir á sujetos de tanta autoridad. «¡Un señor eclesiástico!... ¡qué vergüenza voy á pasar! Porque de seguro me preguntará cosas como cuando una se va á confesar... ¿Y cómo me pondré? ¿Me vestiré con los trapitos de cristianar, ó de cualquier manera?... Quizás sea mejor ponerme hecha un pingo, á lo pobre, para que no crea... No, no es propio. Me vestiré decente y modestita.» Despachados los más urgentes quehaceres del día, peinóse con

mucha sencillez, se puso su vestido negro, las botas nuevas; púsose también su pañuelo de lana obscuro, sujeto con un imperdible de metal blanco que representaba una golondrina, y mirándose al espejo, aprobó su perfecta facha de mujer honesta. Antes de arreglarse había almorzado precipitadamente, con poca gana, porque no le gustaban visitas tan serias, ni sabía lo que en ellas había de decir. La idea de soltar alguna barbaridad ó de no responder derechamente á lo que se le preguntara, le quitó el apetito... Y bien mirado, ¿qué necesidad tenía ella de visitas de curas? Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en esto, porque de repente... tilin. Era próximamente la una y media.

Corrió á abrir la puerta. El corazón le saltaba en el pecho. La figura negra avanzó por el pasillo para entrar en la salita. Fortunata estaba tan turbada, que no acertó á decirle que se sentase y dejara la canaleja. Maxi, que al hablar de la familia se dejaba guiar más por el amor propio que por la sinceridad, le había hecho mil cuentos hiperbólicos de Nicolás, pintándole como persona de mucha virtud y talento, y ella se los había creído. Por esto se desilusionó algo al ver aquella figura tosca de cura de pueblo, aquellas barbas mal rapadas y la abundancia de vello negro que parecía cultivado para formar cosecha. La cara era desagradable, la boca grande y muy separada de la nariz corva y chica; la frente es-

paciosa, pero sin nobleza; el cuerpo fornido, las manos largas, negras y poco familiarizadas con el jabón; la tez morena, áspera y aceitosa. El ropaje negro del cura revelaba desaseo, y este detalle, bien observado por Fortunata, la ilusionó otra vez respecto á la santidad del sujeto, porque en su ignorancia suponía la limpieza reñida con la virtud. Poco después, notando que su futuro hermano político olía, y no á ámbar, se confirmó en aquella idea.

—Parece que está usted como asustada—dijo Nicolás con fría sonrisa clerical.—No me tenga usted miedo. No me como la gente. ¿Se figura usted á lo que vengo?

—Sí, señor...; no..., digo, me figuro. Maximiliano...

—Maximiliano es un tarambana—afirmó el clérigo con la seguridad burlesca del que se siente frente á un interlocutor demasiado débil,—y usted lo debe conocer como lo conozco yo. Ahora ha dado en la simpleza de casarse con usted... No, si no me enfado. No crea usted que la voy á reñir. Yo soy moro de paz, amiga mía, y vengo aquí á tratar la cosa por buenas. Mi idea es ésta: ver si es usted una persona juiciosa, y si como persona juiciosa comprende que esto del casorio es una botaratada; ni más ni menos... Y si lo reconoce así, pretendo, esta, esta es la cosa, que usted misma sea quien se lo quite de la cabeza..., ni menos ni más.

Fortunata conocía *La Dama de las Camelias*, por haberla oído leer. Recordaba la escena aquella del padre suplicando á la *dama* que le quite de la cabeza al chico la tontería de amor que le degrada, y sintió cierto orgullo de encontrarse en situación semejante. Más por coquetería de virtud que por abnegación, aceptó aquel papel que se le ofrecía, ¡y vaya si era bonito! Como no le costaba trabajo desempeñarlo, por no estar enamorada ni mucho menos, respondió en tono dulce y grave:

—Yo estoy dispuesta á hacer todo lo que usted me mande.

—Bien, muy bien, perfectamente bien—dijo Nicolás, orgulloso de lo que creía un triunfo de su personalidad, que se imponía sólo con mostrarse.—Así me gusta á mí la gente. ¿Y si le mando que no vuelva á ver más á mi hermano, que se escape esta noche para que cuando él vuelva mañana no la encuentre?

Al oír esto, Fortunata vaciló.

—Lo haré, sí, señor—contestó al fin, cuidando luego de buscar inconvenientes al plan del sacerdote.—¿Pero adónde iré yo que él no venga tras de mí? Al último rincón de la tierra ha de ir á buscarme. Porque usted no sabe lo desatinado que está por... esta su servidora.

—¡Oh!, lo sé, lo sé... A buena parte viene. ¿De modo que usted cree que no adelantamos nada con darle esquinazo?... Esta es la cosa.

—Nada, señor, pero nada—declaró ella, disgustada ya del papel de *Dama de las Camelias*, porque si el casarse con Maximiliano era una solución poco grata á su alma, la vida pública la aterraba en tales términos, que todo le parecía bien antes que volver á ella.

—Bien, perfectamente bien—afirmó Nicolás dándose aires de persona que medita mucho las cosas y razona á lo matemático.—Ya tenemos un punto de partida, que es la buena disposición de usted... Esta es la cosa. Respóndame ahora: ¿No tiene usted quien la ampare si rompe con mi hermano?

—No, señor.

—¿No tiene usted familia?

—No, señor.

—Pues está usted aviada... De forma y manera—dijo cruzando los brazos y echando el cuerpo atrás—que en tal caso no tiene más remedio que... que echarse á la buena vida..., al amor libre..., á... Ya usted me entiende.

—Sí, señor, entiendo... No tengo más camino—manifestó la joven con humildad.

—¡Tremenda responsabilidad para mí!—exclamó el curita moviendo la cabeza y mirando al suelo, y lo repitió hasta unas cinco veces en tono de púlpito.

En aquel instante le vinieron al pensamiento ideas distintas de las que había llevado á la visita, y más conformes con su empinada soberbia

clerical. Había ido con el propósito de romper aquellos lazos, si la novia de su hermano se prestaba medianamente á ello; pero cuando la vió tan humilde, tan resignada á su triste suerte, entróle apetito de componendas y de mostrar sus habilidades de zurcidor moral. «He aquí una ocasión de lucirme—pensó.—Si consigo este triunfo, será el más grande y cristiano de que puede vanagloriarse un sacerdote. Porque figúrense ustedes que consigo hacer de esta Samaritana una señora ejemplar y tan católica como la primera..., figúrenselo ustedes...» Al pensar esto, Nicolás creía estar hablando con sus colegas. Tomaba en serio su oficio de pescador de gente, y la verdad, nunca se le había presentado un pez como aquel. Si lo sacaba de las aguas de la corrupción, «¡qué victoria, señores; pero qué pesca!» En otros casos semejantes, aunque no de tanta importancia, en los cuales había él mangoneado con todos sus ardidés apostólicos, alcanzó éxitos de relumbrón que le hicieron objeto de envidia entre el clero toledano. Sí; el curita Rubín había reconciliado dos matrimonios que andaban á la greña; había salvado de la prostitución á una niña bonita; había obligado á casarse á tres seductores con las respectivas seducidas, todo por la fuerza persuasiva de su dialéctica... «Soy de encargo para estas cosas», fué lo último que pensó, hinchado de vanidad y alegría como caudillo valeroso que ve

delante de sí una gran batalla. Después se frotó mucho las manos, murmurando: «Bien, bien; esta es la cosa.» Era el movimiento inicial del obrero que se aligera las manos antes de empezar una ruda faena, ó del cavador que se las escupe antes de coger la azada. Después dijo bruscamente y sonriendo:

—¿Me permite usted echar un cigarrillo?

—Sí, señor; pues no faltaba más...—replicó Fortunata, que esperaba el resultado de aquel meditar y del frote de las manos.

—Pues sí—declaró gravemente Nicolás, chupando su cigarrillo,—me falta valor para lanzarla á usted al mundo malo; mejor dicho, la caridad y el ministerio que profeso me vedan hacerlo. Cuando un náufrago quiere salvarse, ¿es humano darle una patada desde la orilla? No; lo humano es alargarle una mano ó echarle un palo para que se agarre... Esta es la cosa.

—Sí, señor—indicó Fortunata agradecida—porque yo soy náu...

Iba á decir *náufraga*; pero temiendo no pronunciar bien palabra tan difícil, la guardó para otra ocasión, diciendo para sí: «No metamos la pata sin necesidad.»

—Pues lo que yo necesito ahora—agregó Rubín terciándose el manteo sobre las piernas, y accionando como un hombre que necesita tener los brazos libres para una gran faena—es ver en usted señales claras de arrepentimiento y deseo

de una vida regular y decente; lo que yo necesito ahora es leer en su interior, en su corazón de usted. Vamos allá. ¿Hace mucho tiempo que no se confiesa usted?

La Samaritana se puso colorada, porque le daba vergüenza de decir que hacía lo menos diez ó doce años que no se había confesado. Por fin lo declaró.

—Perfectamente—dijo Nicolás, acercando su sillón al sofá en que la joven estaba.—Le prevengo á usted que tengo mucha experiencia de esto. Hace cinco años que practico el confesionario, y que las cazo al vuelo. Quiero decir, que á mí no hay mujer que me engañe.

Fortunata tuvo miedo y Nicolás aproximó más el sillón. Aunque estaban solos, ciertas cosas debían decirse en voz baja.

—Vamos á ver: ¿quién fué el primero?—preguntó el presbítero llevándose la mano tesa á la boca, porque con la pregunta querían salir también ciertos gases.

Contó ella lo de Juanito Santa Cruz, pasando no poca vergüenza, y dando á conocer la triste historia de una manera incoherente.

—Abrevie usted. Hay muchos pormenores que ya me los sé, como me sé el Catecismo... Que le dió á usted palabra de casamiento y que usted fué tan boba que se lo creyó. Que un día la cogió descuidada y sola... Bah, bah..., lo de siempre. Después habrá usted conocido

á otros muchos hombres, ¿á cuántos, próximamente?

Fortunata miró al techo, haciendo un cálculo numérico.

—Es difícil decir... Lo que es conocer...

El sacerdote se sonrió.

—Quiero decir tratar con intimidación; hombres con quienes ha vivido usted en relaciones de un mes, de dos... Esta es la cosa. No me refiero á los conocimientos de un instante, que eso vendrá después.

—Pues serán...—dijo ella pasando un rato muy malo.

—Vamos, no se asuste usted del número.

—Pues podrán ser... como unos ocho... Deje usted que me acuerde bien...

—Basta ya; lo mismo da ocho que doce ó que ochocientos doce. ¿Le repugna á usted la memoria de esos escándalos?

—¡Oh!, sí, señor... Crea usted que...

—Que no los puede ver ni pintados. Lo creo...

¡Valientes pillos! Sin embargo, dígame usted: ¿No volvería á tener amistad con alguno de ellos si la solicitara?

—Con ninguno...—dijo Fortunata.

—¿De veras? Piénselo usted bien.

Fortunata lo pensó, y al cabo de un ratito, la lealtad y buena fe con que se confesaba mostráronse en esta declaración:

—Con uno... qué sé yo... Pero no puede ser.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MEXES"  
Apto. 1025 MONTREY, MEXICO

—Déjese usted de que pueda ó no pueda ser. Ese uno, esa excepción de su hastío es el primero, ese tal D. Juanito. No necesita usted confirmarlo. Me sé estas historias al dedillo. ¿No ve usted, hija mía, que he sido confesor de las Arrepentidas de Toledo durante cinco años largos de talle?

—Pero no puede ser. Está casado, es muy feliz y no se acuerda de mí.

—A saber, á saber... Pero en fin, usted confiesa que es el único sujeto á quien de veras quiere, el único por quien de veras siente apetito de amores y esa cosa, esa tontería que ustedes las mujeres...

—El único.

—Y á los demás que los parta un rayo.

—A los demás, nada.

—¿Y á mi hermano?... Esta es la cosa.

Lo brusco de la pregunta aturdió á la penitente. No la esperaba, ni se acordaba para nada en aquel momento del pobre Maxi. Como era tan sincera, no pensó ni por un momento en alterar la verdad. Las cosas claras. Además, el clérigo aquel parecía muy listo, y si se le decía una cosa por otra conocería el embuste.

—Pues á su hermano de usted, tampoco.

—Perfectamente—dijo el curita, acercando su sillón todo lo más que acercarse podía.

## V

Para que ningún malicioso interprete mal las bruscas aproximaciones del sillón de Nicolás Rubín al asiento de su interlocutora, conviene hacer constar de una vez que era hombre de temple fortísimo, ó más propiamente hablando, frigidísimo. La belleza femenina no le conmovía ó le conmovía muy poco, razón por la cual su castidad carecía de mérito. La carne que á él le tentaba era otra, la de ternera, por ejemplo, y la de cerdo más, en buenas magras, chuletas riñonadas ó solomillo bien puesto con guisantes. Más pronto se le iban los ojos detrás de un jamón que de una cadera, por succulenta que ésta fuese, y la mejor *falda* para él era la que da nombre al guisado. Jactábase de su inapetencia mujeril haciendo de ella una estupenda virtud; pero no necesitaba andar á cachetes con el demonio para triunfar. Las embestidas del sillón eran simplemente un hábito de confianza, adquirido con el uso del secreteo penitenciario.

—Lo que se llama querer...—dijo Fortunata haciendo esfuerzos para expresarse claramente,—querer, ¿entiende usted?, no; pero aprecio, estimación, sí.

—¿De modo que no hay lo que llaman ilusión?...

—No, señor.

—Pero hay esa afición tranquila, que puede ser principio de una amistad constante, de ese afecto puro, honesto y reposado que hace la felicidad de los matrimonios.

Fortunata no se atrevió á responder claro. Le parecía mucho lo que el eclesiástico proponía. Recortándolo algo se podía aceptar.

—Puedo llegar á quererle con el trato...

—Perfectamente... Porque es preciso que usted se fije bien en una cosa: eso de la ilusión es pura monserga, eso es para bobas. Ilusionarse con un caballere te porque tenga los ojos así ó asado, porque tenga el bigotito de esta manera, el cuerpo derecho y el habla dengosa, es propio de hembras salvajes. Amar de ese modo no es amar: es perversión, es vicio, hija mía. El verdadero amor es el espiritual, y la única manera de amar es enamorarse de la persona por las prendas del alma. Las mujeres de estos tiempos se dejan pervertir por las novelas y por las ideas falsas que otras mujeres les imbuyen acerca del amor. ¡Patraña y propaganda indecente que hace Satanás por mediación de los poetas, novelistas y otros holgazanes! Diránle á usted que el amor y la hermosura física son hermanos, y le hablarán á usted de Grecia y del naturalismo pagano. No haga usted caso de patrañas, hija mía; no crea en otro amor que en el espiritual, ó sea en las simpatías de alma con alma...

La prójima adivinaba más que entendía esto, que era contrario á sus sentimientos; pero como lo decía un sabio, no había más remedio que contestar á todo que sí. Viendo que hacía indicaciones afirmativas con la cabeza, el cura se animaba, añadiendo con énfasis:

—Sostener otra cosa es renegar del catolicismo y volver á la mitología... Esta es la cosa.

—Claro—apuntó la joven; pero en su interior se preguntaba qué quería decir aquello de la mitología..., porque de seguro no sería cosa de mitones.

Aquel clérigo, arreglador de conciencias, que se creía médico de corazones dañados de amor, era quizás la persona más inepta para el oficio á que se dedicaba, á causa de su propia virtud, estéril y gracial, condición negativa que, si le apartaba del peligro, cerraba sus ojos á la realidad del alma humana. Practicaba su apostolado por fórmulas rutinarias ó rancios aforismos de libros escritos por santos á la manera de él, y había hecho inmensos daños á la humanidad arrastrando á doncellas incautas á la soledad de un convento, tramando casamientos entre personas que no se querían, y desgobernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones. Era como los médicos que han estudiado el cuerpo humano en un atlas de Anatomía. Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba al buen tuntún, haciendo estragos por dondequiera que pasaba.

—De esta manera, hija mía—añadió lleno de fatuidad,—puede darse el caso de que una mujer hermosa llegue á amar entrañablemente á un hombre feo. El verdadero amor, fijese usted en esto y estámpelo en su memoria, es el de alma por alma. Todo lo demás es obra de la imaginación, la loca de la casa.

A Fortunata le hizo gracia esta figura.

—¿Quién hace caso de la imaginación?—prosiguió él, oyéndose, y muy satisfecho del efecto que creía causar.—Cuando la loca le alborote á usted, no se dé por entendida, hija. ¿Haría usted caso de una persona que pasara ahora por la calle diciendo disparates? Pues lo mismo es, exactamente lo mismo. A la imaginación se la mira con desprecio, y se hace lo contrario de lo que ella inspira. Comprendo que usted, por la vida mala que ha llevado y por no haber tenido á su lado buenos ejemplos, no podrá durante algún tiempo meter en cintura á la loca de la casa; pero aquí estamos para enseñarla. Aquí me tiene á mí, y me parece que sé lo que traigo entre manos... Empecemos. Para que usted sea digna de casarse con un hombre honrado, lo primero es que me vuelva los ojos á la religión, empezando por edificarse interiormente.

—Sí, señor—respondió humildemente la prójima, que entendía lo de la religión; pero no lo de la edificación. Para ella edificar era lo mismo que hacer casas.

—Bien. ¿Está usted dispuesta á ponerse bajo mi dirección y á hacer todo lo que yo le mande?—propuso el cura, con la hinchazón de vanidad que le daba aquel papel sublime de lañador de almas cascadas.

—Sí, señor.

—¿Y cómo estamos de doctrina cristiana?

Dijo esto con un tonillo de superioridad impertinente, lo mismo que dicen algunos médicos: «á ver la lengua».

—Yo... la *doctrina*—replicó la penitente temblando...—muy mal. No sé nada.

El capellán no hizo aspavientos. Al contrario, le gustaba que sus catecúmenos estuvieran rasos y limpios de toda ciencia, para poder él enseñárselo todo. Después meditó un rato, las manos cruzadas y dando vuelta á los pulgares uno sobre otro. Fortunata le miraba en silencio. No podía dudar de que era hombre muy sabedor de cosas del mundo y de las flaquezas humanas, y pensó que le convenía ponerse bajo su dirección. En aquel momento hallábase bajo la influencia de ideas supersticiosas adquiridas en su infancia respecto á la religión y al clero. Su catecismo era harto elemental, y se reducía á dos ó tres nociones incompletas, el Cielo y el Infierno, padecer aquí para gozar allá, ó lo contrario. Su moral era puramente personal, intuitiva, y no tenía nada que ver con lo poco que recordaba de la doctrina cristiana. Formó del hermano

de Maxi buen concepto, porque se lavaba poco y sabía mucho y no reñía á las pecadoras, sino que las trataba con dulzura, ofreciéndoles el matrimonio, la salvación, y hablándoles del alma y otras cosas muy bonitas.

—Todo depende de que usted sepa mandar á paseo á la loquilla—continuó Nicolás saliendo de su abstracción.—Ya sabe usted lo que Jesús le dijo á la Samaritana cuando habló con ella en el pozo, en una situación parecida á la que ahora tenemos usted y yo...

Fortunata se sonrió, afectando entender la cita; pero se había quedado á oscuras.

—Si usted quiere mejorar de vida y edificar-senos interiormente para adquirir la fuerza necesaria, aquí me tiene. ¿Pues para qué estamos? Cuando yo considere segura la reforma de usted, quizás no ponga tantos peros al casorio con mi hermano. El pobre está loco por usted; me dijo anoche que si no le dejamos casar se muere. Mi tía quiere quitárselo de la cabeza; mas yo le dije: «Calma, calma, las cosas hay que verlas despacio. No nos precipitemos, tía», y por eso me vine aquí. Me comprometo á curarle á usted esa enfermedad de la imaginación, que consiste en tener cariño al hombre indigno que la perdió. Conseguido esto, amaré usted al que ha de ser su marido, y lo amaré con ilusión espiritual, no de los sentidos..., ni más ni menos. ¡Oh, he alcanzado yo tantos triunfos de éstos;

he salvado á tanta gente que se creía dañada para siempre! Convéngase usted: en esto, como en otras cosas, todo es ponerse á ello, todo es empezar... Imagínese usted lo bien que estará cuando se nos reforme; vivirá feliz y considerada tendrá un nombre respetable, y habrá quien la adore, no por sus gracias personales, que maldito lo que significan, sino por las espirituales, que es lo que importa. Al principio tendrá usted que hacer algunos esfuerzos; será preciso que se olvide de su buen palmito. Esto es quizás lo más difícil; pero hagámonos la cuenta de que la única hermosura verdad es la del alma, hija mía, porque de la del cuerpo dan cuenta los gusanos...

Esto le pareció muy bien á la pecadora, y decía que sí con la cabeza.

—Pues vamos á cuentas. ¿Usted quiere que establezcamos la posibilidad, esta es la cosa, la posibilidad de casarse con un Rubín?

—Sí, señor—respondió Fortunata con cierto miedo, espantada aún por aquello de los gusanos.

—Pues es preciso que se nos someta usted á la siguiente prueba—dijo el cura tapándose un bostezo, porque eran ya las cuatro y no habría tenido inconveniente en tomar una friolera.—Hay en Madrid una institución religiosa de las más útiles, la cual tiene por objeto recoger á las muchachas extraviadas y convertirlas á la

verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento. Unas, desengañadas de la poca substancia que se saca al deleite, se quedan allí para siempre; otras salen ya *edificadas*, bien para casarse, bien para servir en casas de personas respetabilísimas. Son muy pocas las que salen para volver á la perdición. También entran allí señoras decentes á expiar sus pecados; esposas ligeras de cascos que han hecho alguna trastada á sus maridos, y otras que buscan en la soledad la dicha que no tuvieron en el bullicio del mundo.

Fortunata seguía dando cabezadas. Había oído hablar de aquella casa, que era el convento de las Micaelas.

—Perfectamente; así se llama. Bueno, usted va allá y la tenemos encerradita durantes tres, cuatro meses ó más. El capellán de la casa es tan amigo mio, que es como si fuera yo mismo. Él la dirigirá á usted espiritualmente, puesto que yo no puedo hacerlo porque tengo que volverme á Toledo. Pero siempre que venga á Madrid he de ir á tomarle el pulso y á ver cómo anda esa educación, sin perjuicio de que antes de entrar en el convento le he de dar á usted un buen recorrido de doctrina cristiana para que no se nos vaya allá enteramente cerril. Si pasado un plazo prudencial me resulta usted en tal disposición de espíritu que yo la crea digna de ser mi hermana política, podría qui-

zás llegar á serlo. Yo le respondo á usted de que como este indigno capellán dé el pase, toda la familia dirá *amén*.

Estas palabras fueron dichas con sencillez y dulzura. Eran una de sus mejores y más estudiadas recetas, y tenía para ello un tonillo de convicción que hacía efecto grande en las inexpertas personas á quienes se dirigían.

En Fortunata fué tan grande el efecto, que casi casi se le saltaron las lágrimas. Indudablemente era muy de agradecer el interés que aquel bondadoso apóstol de Cristo se tomaba por ella. Y todo sin regaños, sin manotadas, tratándola como un buen pastor trataría á la más querida de sus ovejas. A pesar de esta excelente disposición de su ánimo, la infeliz vacilaba un poco. De una parte la seducía la vida retirada, silenciosa y cristiana del claustro. Bien pudiera ser que allí se cerrase por completo la herida de su corazón. Había que probarlo al menos. De otra parte la aterraba lo desconocido, las monjas... ¿Cómo serían las monjas? ¿cómo la tratarían? Pero Nicolás se adelantó á sus temores, diciéndole que eran las señoras más indulgentes y cariñosas que se podían ver. A la Samaritana se le aguaron los ojos, y pensó en lo que sería ella convertida de *chica* en señora, la imaginación limpia de aquella maleza que la perdía, la conciencia hecha de nuevo, el entendimiento iluminado por mil cosas bonitas que aprendería.

La misma imaginación, á quien el maestro había puesto que no había por donde cogerla, fué la que le encendió fuegos de entusiasmo en su alma, infundiéndole el orgullo de ser otra mujer distinta de lo que era.

—Pues sí, pues sí..., quiero entrar en las Micaelas—afirmó con arranque.

—Pues nada, á purificarse tocan. ¿Ve usted cómo nos hemos entendido?—dijo el clérigo con alegría, levantándose.—Cansado ya de tanto discutir, yo le dije á mi hermano: Si tu pasión es tan fuerte que no la puedes combatir, pon el pleito en mis manos, tonto, que yo te lo arreglaré. Si es mi oficio; si para eso estamos; si no sé hacer otra cosa... ¿Para qué serviría yo si no sirviera para enderezar torceduras de éstas?

El orgullo se le rezumía por todos los poros como si fuera sudor; los ojos le brillaban. Cogió la canaleja, diciendo:

—Volveré por aquí. Hablaré á mi hermano y á mi tía. Tenemos ya una gran base de arreglo, que es su conformidad de usted con todo lo que le mande este pobre sacerdote.

Fortunata, al darle la mano, se la besó.

Las últimas palabras de la visita fueron referentes al mal tiempo, á que él no podía estar en Madrid sino dos semanas, y por fin á la jaqueca que tenía Maximiliano aquel día.

—Es mal de familia. Yo también las padezco.

Pero lo que principalmente me trae descompuesto ahora es un pícaro mal de estómago..., debilidad, dicen que es debilidad... Tengo que comer muy á menudo y muy poca cantidad... Esta es la cosa... Es efecto del excesivo trabajo...; ¡qué le vamos á hacer! Al llegar esta hora se me pone aquí un perrito..., lo mismo que un perrito que me estuviera mordiendo. Y como no le eche algo al condenado, me da muy mal rato.

—Si quiere usted..., aguarde usted..., yo...—dijo Fortunata pasando revista mental á su pobre despensa.

—Quite usted allá, criatura... No faltaba más... ¿Piensa que no me puedo pasar?... No es que yo apetezca nada: lo tomo hasta con asco; pero me sienta bien; conozco que me sienta bien.

—Si quiere usted, traeré... No tengo en casa; pero bajaré á la tienda...

—Quite usted allá..., no me lo diga ni en broma... Vaya, abur, abur... Y cuidarse, cuidarse mucho, ¿eh?, que andan pulmonías.

El clérigo salió y fué á casa de un amigo, donde le solían dar, en aquella crítica hora, el remedio de su debilidad de estómago.

## VI

En la noche de aquel memorable día, y cuando la jaqueca se le calmó, pudo enterarse Maxi de que su hermano había ido á la calle de Pelayo, y de que sus impresiones «no habían sido malas», según declaración del propio cura. Daba éste mucha importancia á su apostolado, y cuando le caía en las manos uno de aquellos negocios de conquista espiritual, exageraba los peligros y dificultades para dar más valor á su victoria. El otro se abrasaba en impaciencia; mas no conseguía obtener de Nicolás sino medias palabras. «Allá veremos... Estas no son cosas de juego... Ya tengo las manos en la masa... No es mala masa; pero hay que trabajarla á pulso... Esta es la cosa. He de volver allá... Es preciso que tengas paciencia..., ¿pues tú qué te crees?» El pobre chico no veía las santas horas de que llegase el día para saber por ella pormenores de la conferencia. Fortunata le vió entrar sobre las diez, pálido como la cera, convaliente de la jaqueca, que le dejaba mareos, aturdimiento y fatiga general. Se echó en el sofá; cubrióle su amiga la mitad del cuerpo con una manta; puso almohadas para que recostase la cabeza, y á medida que esto hacía, le aplacaba la curiosidad contándole precipitadamente todo.

Aquella idea de llevarla al convento como á una casa de purificación, parecióle á Maxi prueba estupenda del gran talento catequizador de su hermano. A él le había pasado vagamente por la cabeza algo semejante; mas no supo formularlo. ¡Qué insigne hombre era Nicolás! ¡Ocurrirle aquello!... Tamizada por la religión, Fortunata volvería á la sociedad limpia de polvo y paja, y entonces, ¿quién osaría dudar de su honorabilidad? El espíritu del sietemesino, revuelto desde el fondo á la superficie por la pasión, como un mar sacudido por furioso huracán, se corría, digámoslo así, de una parte á otra, explayándose en toda idea que se le pudiese delante. Así, lo mismo fué presentársele la idea religiosa, que tenderse hacia ella y cubrirla toda con impetuosa y fresca onda. ¡La religión, qué cosa tan buena!... ¡Y él, tan torpe, que no había caído en ello! No era torpeza, sino distracción. Es que andaba muy distraído. Y su mancha, que más bien era ya novia, se le apareció entonces con aureola resplandeciente y se revistió de ideales atributos. Creeríase que el amor que le inspiraba se iba á depurar aún más, haciéndose tan sutil como aquel que dicen le tenía á Beatriz el Dante, ó el de Petrarca por Laura, que también era amor de lo más fino.

Nunca había sido Maximiliano muy dado á lo religioso; pero en aquel instante le entraron de sopetón en el espíritu unos ardores de piedad